



San Juan - Rep. Argentina,

15 de octubre de 1965

Con el corazón apenado cumple, amadísimos Hermanos, el deber de comunicaros la improvista muerte de nuestro querido Hermano en Congregación.

Rdo. Padre DANIEL MANUEL RESIO

que nos dejó el 11 de julio a las 15,30, contando solo cincuenta años de vida.

Había nacido el 20 de febrero de 1915 en el pueblo de Godoy, provincia de Santa Fe, siendo sus padres José Resio y la señora Dolores Mestre.

En sus primeros años frecuentó la escuela de la localidad pasando luego en 1927 al Colegio de San José de la ciudad de Rosario. La bondad de los Padres Salesianos que dirigían el Colegio conquistó el noble corazón del niño Daniel, que pidió ser admitido en el Aspirantado de Vignaud. Allí cursó sus estudios de latinidad y comenzó los del Normal. En el año 1933, hizo su Noviciado y terminó felizmente sus estudios filosóficos y normales el año 1935.

Desde el año 1936 al 38 lo vemos cumplir sus años de Trienio en el Colegio Don Bosco de San Juan, donde se ganó el aprecio y el aplauso de todo el alumnado por sus dotes de sabio maestro y de inte-

ligente educador. Pasó luego cuatro años en el Instituto Teológico Internacional de Villada (Córdoba) en donde coronó sus estudios con la ordenación sacerdotal el 29 de noviembre de 1942.

Su vida será luego de entrega completa al apostolado salesiano. Menos un año que pasó en el Colegio Don Bosco de la ciudad de Mendoza, todo el resto de sus días de labor los pasará en nuestro Colegio Don Bosco de San Juan.

En este último año de su vida se fue notando como su salud iba decayendo y a menudo se le veía extenuado y decaído. Los médicos reconocieron que la diabetes estaba muy adelantada, pero inesperadamente el corazón también comenzó a resentirse. El querido extinto, siempre en actividad, le concedió poco valor a su mal y siguió en su trabajo hasta el último momento de su vida, por eso su deceso fue imprevisto.

Había salido el 10 de julio con los maestros y salesianos de su sección: el Curso Elemental, a un pequeño paseo y al volver por la tarde se presentó diciendo que iría a descansar, pues, no se encontraba bien. Los Hermanos que estaban en los cuartos contiguos notaron cómo esa noche la pasó insomne y paseando: el ahogo del corazón le producía dolores indecibles, pero, no quiso llamar a nadie para no molestar.

A la mañana siguiente el Dr. Aldo Giuliani, su ex alumno, con la premura del caso, le prodiga todas las atenciones y después de medio día viendo que no mejoraba, quiso llevarlo al sanatorio. Allí se le colocaron nuevas inyecciones y se le puso en carpa de oxígeno y cuando se pensaba que reaccionaría porque parecía que descansaba con tranquilidad, el Salesiano que lo asistía comprobó que se encontraba al final y le dió la absolución. Llegado enseguida el P. Director le dió la unción de los enfermos y enseguida rezó el responso, con la emoción explicable.

Trasladado el cadáver al Colegio y colocado en la Iglesia fue un desfilar de muchos niños y amigos para cerciorarse de una noticia que creían increíble porque le habían visto esa mañana. Después de veinticinco años de estadía en el colegio se había granjeado muchos y merecidos aprecios y fue una pléyade de antiguos alumnos, padres de alumnos y amigos que vinieron a encomendar su alma al Señor. El

Obispo Auxiliar y todo el cabildo catedralicio quisieron testimoniar su adhesión rezando cada uno de ellos un responso y uniéndose a nuestro dolor.

El lunes 12 de julio se celebró la Misa praesente cadavere y después de las solemnes exequias se pasó al patio, y allí en el campo de las actividades del Padre se le despidió. Hablaron un alumno de su clase, un explorador —antes fue también su capellán y director del oratorio festivo—, un ex alumno y el P. Director. Muchas personas y niños colmaron la iglesia y el patio. Lo mismo se repitió en el cementerio, donde junto a los otros salesianos difuntos de la ciudad fué enterrado.

Características de este buen salesiano fueron su gran amor al trabajo, su espíritu de humildad y su sencilla piedad.

Amó el trabajo y no lo rehusó nunca, por más recargado que estuviera. Además de su clase de sexto grado elemental, donde tanto se hacía amar, tenía a su cargo toda la Sección Elemental superior a los quinientos alumnos. Había con él otros dos salesianos y luego once maestros seglares. El debía preocuparse, ayudar, suplir, asistir e incansablemente entregarse a su trabajo renovado y aún así encontraba tiempo para preparar innumerables trabajos escolares en polígrafo, dedicarse a las confesiones los sábados y domingos, ir a rezar misa lejos de casa y entretenér a los niños con sus juegos de prestidigitación, y preparar diálogos y representaciones para las fiestas.

Durante la Semana Santa, la Curia lo pedía para que fuese de misionero al pueblo de Los Berros, donde con otros dos hombres de la A. C. recorría todas las casas de los alrededores bautizando, confesando, arreglando matrimonios, predicando y haciendo las ceremonias del triduo solemne de la Pascua, y esto por diez años seguidos. No queriendo dar trabajo a los demás, aún cuando se sentía mal, no abandonaba su puesto, ni su clase y sólo después de atenderlo todo se retiraba.

Era sencillo como un niño y todo lo ornaba con esa admirable humildad que lo hacía ser respetado y querido por los que lo trataban. ¡Cómo lo recordaban sus ex alumnos con cariño! por esa amabilidad humilde. En las libretas de su vida espiritual iba consignando sus propósitos, ya anuales, ya mensuales en los que se puede leer la blancura de su alma y la santa sencillez de su vida.

Cuando quisimos cambiarle de ropas para llevarlo al sanatorio, admiramos entonces su amor a la hermana pobreza al encontrar mudas remendadas y en poco número.

La piedad que tenía se manifestaba en su amor a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora. Por muchos años le vimos ser el primero en llegar a la iglesia por las mañanas, abrirla, preparar el altar, disponerse a la misa que celebraba con piedad a pesar de los malestares de los últimos tiempos. Su amor a Jesús Sacramentado lo trasfundía en sus discípulos y se conservaba en sus ex alumnos que sabían comulgar a menudo. Las solemnes Academias a María Auxiliadora y a María Inmaculada que preparaba en la Sección y en su clase, decían que no sólo amaba a la Virgen, sino que arrastraba a todos a amarla. Ya se sabía que al terminar el rito del Sacramento del Matrimonio que cada sábado administraba a alguno de sus discípulos antiguos, acababa con breves palabras del recuerdo del amor y devoción a la Virgen y la bendición de María Auxiliadora.

Su partida a la eternidad, dejó un vacío incolmable. Esperábamos aún mucho de él, pero el Señor lo encontró preparado para el premio y sólo a los cincuenta años de vida, quiso otorgarle otra imperecedera en el cielo. Mas, por si acaso, necesita de nuestros sufragios pidamos a Dios por el eterno descanso de su alma.

Rezad también por esta casa, que a los dos años exactos de la muerte del inolvidable P. Garbini, vió partir también al P. Resio su denodado colaborador de tantos años.

Vuestro Affmo. en el Señor

P. Evaristo Mantero
Director

**Padre Daniel M. Resio, nació en Godoy (Santa Fe - Argentina).
Murió en San Juan (Argentina) a 50 años de edad, 31 de
profesión y 23 de sacerdocio.**